



S. Francisco y S. Benito:

caminos para descubrir el alma de Italia central

Entre Subiaco y Montecassino, dos rutas espirituales atraviesan la Italia interior. El Camino de San Francisco y el Camino de San Benito proponen una forma de viajar más lenta, hecha de silencio y memoria. Dos itinerarios distintos, unidos por una misma invitación: caminar para comprender el territorio.

Hay una Italia que solo se revela a quien la recorre lentamente. Es la Italia de la Vía Francígena, la Vía Romea Germánica, la Romea Strata, el Camino de San Francisco y el Camino de San Benito: cinco rutas históricas y espirituales reunidas en el proyecto «**Antichi Cammini d'Italia**». Un proyecto para promover nuevas formas de disfrutar de estos caminos desde el punto de vista turístico,

creado gracias al Mitur - Ministerio del Turismo de Italia - y el Enit S.p.A. - Organismo Oficial Italiano para el Turismo. Tres de ellas están certificadas como Itinerarios Culturales del Consejo de Europa, y todas convergen en el Lacio, entrelazando la Toscana, la Sabina, los Apeninos y Roma.

Se encuentra en los pueblos de toba de la Toscana, a orillas del lago de Bolsena al amanecer, en esas horas dilatadas de un camino que no mira pasar el paisaje, sino que lo atraviesa. En este sistema de cinco rutas, el Camino de San Francisco y el Camino de San Benito representan el alma espiritual de la Italia interior.

Dos santos, dos paisajes espirituales

El Camino de San Francisco conecta los lugares más significativos de la vida de Francisco de Asís (1182-1226). Se articula en dos vías que convergen en Asís. La Vía del Norte parte del Santuario de La Verna, donde Francisco recibió los estigmas en 1224, y recorre 189 kilómetros por el Parque Nacional de los Bosques Casentineses, el Alto Valle del Tíber, Sansepolcro, Città di Castello, Gubbio y Valfabbrica.

La Vía del Sur, de Roma a Asís, suma alrededor de 300 kilómetros y atraviesa la campiña sabina y el Valle Santo de Rieti, uno de los puntos más intensos de la espiritualidad franciscana. Allí se encuentran cuatro santuarios fundamentales: Greccio, donde en 1223 Francisco realizó el primer belén de la historia; Fonte Colombo; La Foresta; y Poggio Bustone. Al llegar a Asís, los peregrinos pueden recibir el Testimonium.

El Camino de San Benito propone una experiencia distinta, más monástica y apenínica. Une Nursia, ciudad natal del santo hacia el año 480; Subiaco, donde vivió más de treinta años como ermitaño; y Montecassino, donde fundó hacia 529 la abadía que sigue siendo el corazón de la tradición benedictina. Son unos 300 kilómetros en 16 etapas entre Umbría y el Lacio, atravesando los montes Sibilinos, Reatinos, Simbruinos, Lucretili y Ernici.

En Subiaco, el Sacro Speco conserva la gruta del retiro espiritual de Benito. La Abadía de Santa Escolástica está considerada la cuna de la imprenta italiana: allí, en 1465, se instaló la primera imprenta activa de la península. Más adelante, el itinerario toca Cascia, Rieti, Trevi nel Lazio, Casamari, Arpino, Roccasecca y las Gargantas del Melfa, hasta llegar a Montecassino.

La Italia que se alcanza paso a paso

Francisco y Benito representan dos formas complementarias de mirar el mundo. La espiritualidad franciscana habla de relación: con la naturaleza, con los otros, con la lengua cotidiana del Cántico de las Criaturas. La benedictina habla de regla, estabilidad y trabajo silencioso, el mismo que durante siglos hizo de los monasterios centros de oración, estudio y conservación del saber. Para el viajero de hoy, estos caminos son más que rutas de peregrinación. Son una manera de entrar en contacto con una Italia menos evidente, hecha de valles interiores, pueblos pequeños, santuarios, abadías y paisajes que se comprenden solo caminando.

